

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Max Weber en la sociología argentina (1930-1950).

Alejandro Blanco.

Cita:

Alejandro Blanco (2004). *Max Weber en la sociología argentina (1930-1950)*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/266>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Max Weber en la sociología argentina (1930-1950)

Alejandro Blanco (UNQUI)

El pensamiento de Max Weber fue conocido en ciertos medios intelectuales de Argentina aún antes de las primeras traducciones de sus trabajos al español, *Historia Económica General y Economía y Sociedad*, ambos editados por el Fondo de Cultura Económica en 1942 y 1944 respectivamente. Las primeras referencias a sus trabajos aparecieron a comienzos de los '30 en un contexto intelectual caracterizado, en términos generales, por una revuelta contra el positivismo y la difusión del pensamiento alemán en general y del pensamiento sociológico en particular. Durante aquel período la sociología era un campo emergente y los sociólogos enfrentaban la tarea de justificar su dominio de conocimiento y sus respectivas perspectivas analíticas. En este contexto, podríamos preguntarnos, ¿quién fue Weber para los lectores argentinos? ¿Qué temas de su vasta obra fueron seleccionados en el contexto de las preocupaciones locales? En suma, este ensayo explora entonces las diferentes interpretaciones de las ideas de Max Weber e intenta mostrar cómo estas últimas se articularon con diferentes concepciones de la disciplina en lucha por la supremacía en un campo disciplinario en formación.

En 1944 el Fondo de Cultura Económica protagonizó un hecho sorprendente en el contexto de una historia de las ciencias sociales en América Latina. Ese año, en efecto, lanzó la primera versión integral en lengua extranjera de *Economía y Sociedad*, la obra de mayor aliento teórico de Max

Weber.¹ Dos años antes, la misma editorial había publicado del autor *Historia económica general*. Hacia mediados de la década del '40, sin embargo, ese comienzo editorial promisorio se interrumpiría. En efecto, tal como se desprende de la información reunida en el apéndice, ese primer momento de ascenso fue seguido de un paréntesis de unos veinte años en el que prácticamente no se emprendieron traducciones como tampoco reimpressiones. La segunda edición de *Economía y Sociedad* apareció veinte años más tarde, en conmemoración del primer centenario del nacimiento del autor.² Al promediar los sesenta, y ya como parte de un fenómeno más general relativo a la importancia que fue ganando Weber en los Estados Unidos, en un primer momento, y en Europa, más tarde, su obra volvió a estar en el centro de la atención de las principales editoriales de lengua castellana. Un fenómeno similar puede observarse en lengua portuguesa para el caso específico del Brasil, que registra las primeras traducciones en la segunda mitad de los años sesenta (De Souza Lima, 1987).

Pero independientemente de las razones que puedan aducirse para explicar esa curva que experimentó la edición de Weber en lengua castellana, el hecho editorial mismo abre, en principio, una serie de interrogantes relativos a los modos de circulación, difusión y recepción de su obra tanto en América Latina en general como en la Argentina en particular: ¿que repercusiones tuvo esa primera edición castellana de Weber? ¿quiénes se interesaron y por qué en su obra?

¹ La primera edición italiana es de 1962 y la anglosajona de 1968 (aunque en 1947 una parte de la obra fue editada bajo el título de *The Theory of Social and Economic Organization*, traducida por A.M. Henderson y T. Parsons). La edición francesa, que incluye solamente la primera parte, apareció en 1971.

² La reedición, que incorporó los cambios de la cuarta edición alemana de 1956, experimentará hacia 1992 nueve reimpressiones. A su vez, *Historia Económica General*, que había sido editada en 1942, fue reeditada en una fecha tan tardía como 1987 y en diez años sería reimpresa siete veces.

En la Argentina, dichos interrogantes se vuelven todavía más acuciantes colocados en el contexto de un dato por demás sugestivo: Weber ya era conocido entre nosotros antes de las primeras traducciones al castellano. En 1932 Raúl Orgaz consagraría un capítulo de *La ciencia social contemporánea* a una examen de su obra (Orgaz, 1932a). Nueve años más tarde, Alfredo Poviña publicó *La metodología sociológica de Max Weber* (Poviña, 1941) y ese mismo año, Renato Treves se ocupó de Weber en *Sociología y filosofía social* (Treves, 1941). En fin, que su figura era relativamente conocida lo revela el comentario que Roberto Fraboschi consagró en el *Boletín del Instituto de Sociología* a la aparición de *Economía y Sociedad*. En efecto, como disculpando la pálida y escueta reseña concedida al libro, Fraboschi reconocía que “esta obra es ya suficientemente conocida a través de citas y comentarios. Nos limitamos, por lo tanto, a dar esta simple noticia de la aparición en castellano de este estudio que ha de interesar a los estudiosos en ciencias sociales” (Fraboschi, 1944: 364). Finalmente, y también a propósito de la aparición de *Economía y Sociedad*, Francisco Ayala consagró dos notas a Weber en el diario *La Nación* (Ayala, 1947)

Todos los autores mencionados eran profesores de sociología en las principales universidades argentinas. Todos ellos eran, a su vez, miembros del consejo de una institución consagrada a los estudios sociológicos, el *Instituto de Sociología* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, creado por Ricardo Levene en 1940. Fue entonces entre los sociólogos – o mejor dicho, en el campo de la sociología universitaria- antes que entre los filósofos o los historiadores donde la obra de Weber despertará interés y hallará sus primeros intérpretes. Pero, ¿qué Weber? ¿el proponente de una

nueva visión de la ciencia social? ¿el teórico de la racionalización? ¿el portavoz de una sociología comprensiva? ¿el heraldo de una renovada concepción de la acción humana? ¿el exponente de una sociología histórica comparada?

Dado que la recepción de un autor está siempre asociada, de un modo o de otro, a los proyectos y apuestas intelectuales y científicas de sus diferentes receptores, todo fenómeno de recepción es, inevitablemente, selectivo. Según sea la naturaleza y el alcance de esos proyectos y apuestas intelectuales, determinados campos temáticos serán privilegiados en lugar de otros. Y bien, ¿en torno de qué campos temáticos y con qué proyectos teóricos estuvo centrada esa primera recepción de Weber en la Argentina? El estudio de las referencias a un autor extranjero -ha observado Michel Pollak- suele transformarse en un revelador de las tensiones y de los polos que estructuran las líneas de fuerza de un determinado campo intelectual (Pollak, 1986). Las primeras referencias a Max Weber en la Argentina aparecieron en un momento en que la sociología era, todavía, una disciplina en formación y, como tal, deseosa de afirmar su legitimidad intelectual en el sistema universitario. Diferentes concepciones de sus tareas como de sus métodos estaban por entonces en discusión. Fue precisamente en este contexto que la obra de Weber estuvo en el centro de la atención de los profesores de sociología y llegó a convertirse en un objeto de disputa entre los primeros comentaristas. En este trabajo examinaré entonces los rasgos que asumió la recepción de Weber en la Argentina durante ese período formativo de la disciplina e intentaré mostrar de qué manera un cambio en la interpretación de sus ideales intelectuales estuvo en el origen de una nueva interpretación de aquellos aspectos de su obra que fueron objeto de comentario.

Difusión editorial y enseñanza universitaria

En 1934, Ricardo Levene, por entonces profesor titular de sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, presentaba la edición castellana de *Filosofía de la sociedad y de la historia*, de Alfred Vierkandt, en los siguientes términos: “Los estudios de sociología exigen *especialización filosófica y jurídica*. Tal disciplina y su amplio desenvolvimiento es el dominio abarcado por el sociólogo auténtico, remplazando a cientifistas y pragmatistas, los que declaman sobre el imperio de las leyes naturales absolutas rigiendo las sociedades humanas como a la naturaleza y confunden su contenido con una medicina social” (Levene, 1934:2).

Estas palabras resumen, de algún modo, el contexto intelectual más general como las preocupaciones que dominaron los medios filosóficos y sociológicos durante la década del '30, contexto caracterizado por lo que se dió en llamar como la reacción antipositivista de cuño “espiritualista” (Romero, 1952). Un rasgo de esa reacción, como se desprende de las afirmaciones de Levene, estuvo constituido por la importancia acordada a la filosofía y al derecho en la comprensión e interpretación de la vida social, frente al privilegio otorgado por el positivismo a las ciencias naturales –especialmente a la biología. En el nuevo clima intelectual, los derechos del espíritu se anteponían a un cientificismo materialista y mecanicista cuya aproximación naturalista a la vida social, según se argumentaba, terminaba reduciendo todo lo referente al comportamiento humano a las férreas leyes de la materia. Al mismo tiempo, se cuestionaba la pretensión positivista de transferir métodos que solo resultaban válidos para analizar el mundo material al dominio de lo subjetivo que,

incuantificable por naturaleza, debía quedar sometido a un tipo de saber que fuera capaz de poner de relieve la autonomía de la personalidad.

En el contexto de esa reacción positivista, y especialmente en los medios filosóficos, la cultura alemana se convirtió en una referencia central en la crítica al positivismo. Dilthey, Husserl, Heidegger y Hartmann se contaron entre los filósofos más frecuentados. La *Revista de Occidente* y la *Biblioteca de Ideas del siglo XX*, ambas bajo la dirección de Ortega y Gasset, se constituyeron en los canales más significativos del ingreso y difusión de la cultura alemana en los círculos doctos (López Campillo, 1972). La editorial de la *Revista de Occidente* publicaría entre 1924 y 1936 unos 205 títulos distribuidos entre las 20 colecciones con que contaba. La colección “Nuevos Hechos, Nuevas Ideas”, la más importante en el dominio de la filosofía y de las ciencias sociales, editó 39 títulos entre 1925 y 1935.³

Un efecto derivado de esa apertura a la cultura alemana fue la implantación editorial de la sociología alemana en la Argentina. En efecto, ya desde los '20 en adelante, pero con mayor firmeza a partir de los años '30, las traducciones de obras de sociólogos alemanes experimentan una expansión notable.⁴ A partir de los años '30, a su vez, la sociología alemana comenzó a

³ Entre ellos, figuran ocho títulos de Max Scheler -*El saber y la cultura* (1926), *El resentimiento de la moral* (1927) y *El puesto del hombre en el cosmos* (1929); *Lujo y capitalismo*, de Wernert Sombart (1928); los cuatro tomos de las *Investigaciones Lógicas* (1929), de Edmund Husserl; tres obras de Hegel, *Filosofía de la historia*, *Fenomenología del Espíritu* y *Filosofía del derecho*, y, finalmente, de George Simmel, *Filosofía de la coquetería* (1924) los seis tomos de la *Sociología* (1927) y *Cultura femenina* (1934). Aunque llegaría a editar un solo título, la editorial contó igualmente con una colección de “Estudios sociológicos” en la que apareció *La familia* (1930), de Ferdinand Lyer Müller.

⁴ De Georg Simmel se editó *El conflicto de la cultura moderna*, Universidad Nacional de Córdoba, 1923; *Ensayos estéticos. El asa. Las ruinas*, Revista de Occidente, 1924; *La personalidad de Dios*, Revista de Occidente, 1934; *Cultura femenina y otros ensayos* (edición aumentada), Revista de Occidente, 1934 y *Schopenhauer y Nietzsche*, Beltrán, 1915, que fue posteriormente traducido por Francisco Ayala en la editorial Schapire en 1944. De Ferdinand Toennies, además de *Evolución de la cuestión social*, editada por Labor en 1927, la Revista de Occidente edita en 1932 *Vida y doctrina de Thomas Hobbes*, y de Hans Freyer *Los sistemas de la historia universal*, en 1931. Al año siguiente, de Freyer, otra editorial española, Espasa-Calpe, editó *El despertar de la humanidad*. De Werner Sombart, la Revista de Occidente editó en 1928 *Lujo y capitalismo* y, en 1931, Labor editó del mismo autor *La industria*. De Othmar Spann se

ganar importancia en los escritos de nuestros profesores de sociología. Raúl Orgaz escribió sobre Simmel y Vierkandt (Orgaz, 1932b) y consagró tres capítulos de su libro *La ciencia social contemporánea* a un examen de la ciencia social en Alemania, en el que incluyó su ensayo sobre Max Weber (Orgaz, 1932a). En dos ensayos publicados en *Cursos y Conferencias* Alfredo Poviña se ocupó de Simmel, Vierkandt y von Wiese (Poviña, 1933a, 1933b). Hacia los años '40, la atención se desplazó hacia Hans Freyer y Max Weber (Poviña, 1939, 1941 y Treves, 1941).

Esa implantación editorial de la sociología alemana pronto se haría sentir en la enseñanza de la disciplina como en los modos de su comprensión. En efecto, si hasta esa fecha los nombres que están en el centro de la atención de nuestros profesores de sociología son los de Herbert Spencer, Augusto Comte, Franklin Giddings, Emile Durkheim y Gabriel Tarde, hacia los '30 los programas de enseñanza incorporan lecturas de G. Simmel, L. Von Wiese, A. Vierkandt, R. Stammler, M. Scheler, O. Spann, F. Toennies, H. Freyer, K. Mannhiem y M. Weber. Algo no muy diferente puede observarse en los programas de sociología de otros países de América Latina (Poviña, 1941b)

A su vez, y como parte de aquella reacción antipositivista anteriormente mencionada, la autocomprensión "positivista" de la sociología vigente hasta las primeras décadas de este siglo se vió desplazada por una autocomprensión "culturalista", que presuponía el trazado de una rígida frontera entre la investigación empírica o sociografía y la sociología pura o ciencia de la cultura. De acuerdo a esta nueva visión, sobre la que existía un relativo consenso entre

editan tres títulos: *Filosofía de la sociedad*, Revista de Occidente, 1933, *Teorías principales de la economía política*, Revista de Occidente, 1934 e *Historia de las doctrinas económicas*, Revista de Derecho Privado, 1935. De Alfred Vierkandt, *Filosofía de la sociedad y de la historia*, Biblioteca de la Universidad Nacional, La Plata, 1934, de Alfred Weber, *La crisis de la idea moderna del Estado en*

los practicantes de la disciplina, la sociografía, guiada por métodos naturalistas, era concebida como disciplina auxiliar de la sociología; a esta última quedaba reservada la tarea de conocer aquella dimensión de la vida social que, dada su naturaleza eminentemente espiritual, exigía una aproximación en los términos de una comprensión intuitiva.

De algún modo, el período en que el que la sociología alemana se integra a los programas de enseñanza de la sociología coincide con esa apertura e implantación editorial de la cultura alemana en la Argentina. A partir de entonces, y hasta fines de los años ´40, la sociología alemana se convertiría en el universo de referencia casi exclusivo entre los practicantes de la disciplina. Un testimonio elocuente de ello es el hecho de que en 1938 Alfredo Poviña obtiene el cargo de Profesor Adjunto de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA con un extenso escrito sobre Hans Freyer, titulado *La sociología como ciencia de realidad* (Poviña, 1939).

Ciertamente, aunque llamativa, esta propagación de la sociología alemana no era un rasgo exclusivo de los medios intelectuales argentinos. En rigor, el mismo ascendiente y prestigio tenía dicha tradición en los países centrales como en algunos países de América Latina y estaba en el centro de la atención internacional de todos aquellos que por entonces estaban a la búsqueda de los fundamentos epistemológicos que pudieran otorgarle a la sociología respetabilidad disciplinaria en el concierto de las ciencias sociales. Como es bien sabido, a mediados de los años ´20 el sociólogo norteamericano Talcott Parsons se dirigió a Alemania -un viaje, por lo demás, que continuaba el patrón de sus inmediatos predecesores que se dirigieron allí en busca de la ciencia social- y a su regreso publicaría parte de su tesis doctoral referida a la

Europa, Revista de Occidente, 1932, y finalmente, *Sociología*, Labor, 1932, de Leopold von Wiese.

interpretación del capitalismo en dos autores alemanes, Werner Sombart y Max Weber (Parsons, 1929, 1929). Más tarde, en 1937, publicaba *La estructura de la acción social*, una obra que, de alguna manera, cambiaría el curso de la sociología y que no puede explicarse sino a partir de su encuentro con la cultura sociológica alemana, especialmente con la figura de Max Weber (Parsons, 1970). Desde Francia, Raymond Aron siguió un itinerario similar y escribió a su regreso, por expreso pedido de Celestin Bouglé, el informe más comprehensivo y quizá por entonces más consultado sobre la sociología en Alemania, *La sociologie allemande contemporaine* (1935). Como es sabido, tanto Parsons como Aron liderarían, aunque con desigual fortuna, la introducción de la sociología alemana en sus respectivos países (Shils, 1970, Hirschhorn, 1988). También en América Latina la sociología alemana hallaría fuerte resonancia, especialmente en México y Brasil. En México, el grupo editorial del Fondo de Cultura Económica y la *Revista Mexicana de Sociología*, animadas por un grupo de exiliados españoles, obrarían como los principales focos de difusión (Arguedas y Loyo, 1979, y Reyna, 1979) En Brasil, dicha difusión fue canalizada a través de la revista *Sociología*, fundada en 1939 por Emílio Willems (Villas Boas, 1994).

En cualquier caso, revuelta contra el positivismo e ingreso editorial de la cultura alemana: es entonces en este contexto cuando la obra de Max Weber comienza a ser objeto de atención en los medios sociológicos. Con todo, durante los años '30 la presencia de Weber en el concierto de los autores alemanes es todavía relativamente marginal. Simmel, Vierkandt y von Wiese acaparan las preferencias. El índice onomástico de la *Historia de la sociología en Latinoamérica*, de Alfredo Poviña, publicada en 1941, refleja de algún modo

esto último: el nombre de Max Weber tiene 7 entradas frente a las 32 de Durkheim, 22 de Tarde y 19 de Simmel.

Marginal es también la presencia Weber en el campo editorial. En efecto, aún cuando para la época –como se ha visto- las ediciones castellanas de sociólogos alemanes se acrecientan, la de Max Weber no figura entre ellas. Todavía más. La sección “Proposiciones para futuras traducciones: (libros cuya traducción es deseable)” del catálogo *Filosofía alemana traducida al español* tampoco incluye ningún título de Weber (Schmidt-Koch, 1935). El catálogo sugería, en cambio, *La sociología como ciencia de la realidad*, de Hans Freyer, que más tarde sería traducida por Francisco Ayala para su colección “Biblioteca de Sociología” de la editorial Losada; *Lebensanschauung*, de George Simmel, *Die drei Nationalökonomien*, de Werner Sombart, *Einheit der Sinne* y *Die Stufen des Organischen und der Mensch*, de Helmuth Plessner, y *Comunidad y Sociedad*, de Ferdinand Toennies, que sería también editado más tarde por Ayala en la colección de Losada. El dato es en cierto modo revelador del estado del campo: hacia mediados de la década del '30 la sociología alemana se resume fundamentalmente en los nombres de Simmel, Toennies, Sombart, Spann, Freyer y Vierkandt, entre otros, y nos pone guardia frente a la corriente “ilusión retrospectiva” de asignar a Weber, a la luz de su importancia contemporánea, un lugar en el pasado que por entonces no tenía.

Las primeras interpretaciones

Sin embargo, y como fuera subrayado más arriba, ya hacia los años '40 Weber comienza a ganar mayor notoriedad entre nuestros profesores de sociología y su obra es objeto de una atención más sistemática. En 1947, Gino

Germani, que por entonces dirigía una colección de libros de ciencias sociales “Ciencia y Sociedad” en la editorial Abril, anunciaba la próxima aparición de *La sociología alemana*, de Raymond Aron, en los siguientes términos: además de un estudio sobre los sociólogos alemanes -decía- “[el libro de] Aron presta una consideración especial a Max Weber, dedicándole un extenso capítulo de la obra”.⁵ La inscripción revela entonces no solamente la importancia y reputación de la sociología alemana entre el público de habla hispana, sino también la importancia que había adquirido Weber en la constelación de dicha tradición. Por lo demás, en las comunicaciones presentadas en la Primera Reunión Nacional de Sociología, celebrada en Buenos Aires en 1950, las reiteradas referencias a Max Weber sugieren que la invocación de su nombre ya era un lugar común de la conversación en la comunidad de los sociólogos (Cuevillas, 1950).

Por entonces, como fuera anticipado, la sociología era una campo en formación. En efecto, entre 1940 y 1950 la disciplina experimenta un importante proceso de institucionalización. Aparecen las primeras instituciones especializadas en los estudios sociológicos, la primera publicación oficial consagrada a la materia, las primeras colecciones de libros especializadas y las principales organizaciones formales de la disciplina. En 1940, y bajo la dirección de Ricardo Levene, se creó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires el primer Instituto de Sociología; al año siguiente, en la Universidad Nacional de Tucumán, el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociológicas, dirigido por Renato Treves. Asimismo, aparecieron la primera publicación oficial consagrada a la materia, el *Boletín del Instituto de Sociología*, que se editaría con regularidad entre 1942 y 1947 y las dos

⁵ Por motivos que ignoramos, la obra fue finalmente publicada en 1953.

primeras colecciones de libros, la “Biblioteca de Sociología”, de la editorial Losada, dirigida por Francisco Ayala, y la colección anteriormente mencionada, dirigida por Gino Germani, que por entonces realizaba tareas de investigación en el Instituto de Sociología de Ricardo Levene (Blanco, 2003). A su vez, en 1947 apareció el primer tratado relativo al tema, el *Tratado de Sociología*, redactado por el mismo Ayala y editado por la misma editorial en tres gruesos y macizos volúmenes. Finalmente, en 1950 se crean las principales organizaciones formales de la disciplina: la Academia Argentina de Sociología, dirigida por Alberto Baldrich y la Asociación Latinoamericana de Sociología, presidida por Alfredo Poviña.

Sin embargo, esta relativamente exitosa implantación institucional no fue el resultado de una previa unidad intelectual. Por el contrario, en términos intelectuales la sociología se hallaba fragmentada: era objeto de diversas representaciones y estaba asociada con distintas actividades intelectuales. Dentro de ella cabía el estudio histórico de las ideas sociales, el estudio de los sentimientos y creencias que forman el carácter de una nación, el examen del presente a través de su morfología como el estudio de las doctrinas sociológicas. La misma producción intelectual reflejó esa heterogeneidad. Aunque el libro de texto o el tratado llegarían a convertirse en el género más extendido, los sociólogos de entonces practicaban igualmente el ensayo político, la historia de las ideas y los informes de investigación empírica.

Asimismo, y dado su carácter de disciplina en formación, una parte de esa producción intelectual estuvo destinada a establecer sus credenciales y obtener reconocimiento en el campo mediante una definición de su dominio temático y su especificidad metodológica. El debate relativo a este tópico se

planteó en los siguientes términos: ¿era la sociología una ciencia del espíritu o una ciencia positiva? ¿Debía regirse por el método de la comprensión o por métodos naturalistas? Fue en el contexto de este campo temático en el que la obra de Max Weber despertó el interés de los sociólogos locales y ello explica que el eje de dicha recepción haya estado centrado casi exclusivamente en las cuestiones relativas al método. En general, dos cuestiones atrajeron la atención de los comentaristas, el método de la comprensión y el concepto del tipo ideal.

En la interpretación de Raúl Orgaz, la obra de Weber resultaba relevante en torno a dos problemas diferentes pero estrechamente relacionados: el de la definición de la realidad de lo social y el del método. En lo que respecta al primer problema, Orgaz situaba la “sociología comprensiva” de Weber en la línea de la sociología formalista de Simmel y von Wiese. Su definición de la realidad de lo social en tanto actuación humana dotada de sentido permitía así, según nuestro intérprete, oponerla tanto a una “concepción romántica” de la sociedad, que ve en ésta una entidad viviente o una personalidad, como a una “concepción mecanicista”, que priva a la acción humana de sentido subjetivo.

En lo que respecta a la cuestión del método, Orgaz –que seguía en este punto la interpretación de Pitirim Sorokin, por entonces la más autorizada, al menos entre el público de habla hispana (Sorokin, 1928)- argumentaba que el mérito de la metodología sociológica de Weber residía en haber reemplazado las nociones de causa y efecto, propias de una definición mecanicista de la acción humana, por las de “variable” y “función”. Los estudios religiosos de Weber, según nuestro intérprete, ilustraban esta aproximación metódica, caracterizada por un rechazo a las interpretaciones unilaterales (economismo histórico y filosofía económica de la historia) en provecho de un esquema

funcional e interdependiente. A este respecto, señalaba: “Al ilusorio monismo reemplaza el pluralismo causal; a la relación unilateral, la relación funcional; a la causa, la variable y al efecto, la función; a la dependencia singular, la interdependencia” (Orgaz, 1950: 163). En un argumento muy similar al que pocos años más tarde desplegaría Talcott Parsons, Orgaz reconocía que tanto en Weber como en Durkheim y Pareto podía discernirse un planteamiento nuevo y convergente en torno del problema de la causalidad, “verdadero corazón de una sociología científica” (Orgaz, 1950: 58). Todavía más. Orgaz reconocía que el mérito tanto de Weber como de Durkheim residía en que ambos habían sacado la indagación sociológica “del atrayente pero riesgoso sendero de la introspección y de la intuición, dominios favoritos de otros sociólogos, como Tarde y Simmel” (Orgaz, 1950: 58). En este sentido, Orgaz argumentaba que aún cuando Weber asumiera la comprensión como el método característico de las ciencias sociales, se trataba de una asunción desprovista de implicaciones filosóficas, y que buscaba, por el contrario, “integrar ese método, que permite captar por intuición un sentido, con la explicación estrictamente científica” (Orgaz, 1950: 149).

La presentación del sociólogo alemán efectuada por Alfredo Poviña se iniciaba con una clasificación retrospectivamente curiosa: inscribía *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* como parte de sus “trabajos económicos” mientras que asignaba a *Economía y Sociedad* el estatuto de su verdadero trabajo sociológico. A diferencia de Orgaz, Poviña identificó a Weber como “el mejor representante de la sociología histórico-cultural o espiritualista” (Poviña, 1941:5) Esta identificación aparece enfatizada en otro pasaje del texto en el que, refiriéndose a la famosa máxima weberiana según la cual la

sociología es una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos, Poviña comenta: [la sociología] “es una disciplina de comprensión interior, en primer término” y que de “esas nociones se desprende que esta ciencia se propone, ante todo, comprender, y solo secundariamente, explicar la acción social” (Poviña, 1941: 7). En las conclusiones de su ensayo Poviña apuntaba que “nos parece que su doctrina, aunque no rigurosamente metódica ni orgánica, representa la mejor expresión de la sociología como ciencia de tipo cultural o espiritualista. Solo tiene en cuenta la materia de la vida social como reacción exagerada contra el formalismo, vacío de contenido, de la escuela que iniciara Simmel” (Poviña, 1941: 14). Finalmente, Poviña, que también seguía a Sorokin, repetía las mismas críticas de éste –críticas que Orgaz, curiosamente, había omitido- según la cuales, la debilidad de la obra de Weber residía en que terminaba sacrificando el punto de vista funcional a favor de uno causalista, en el carácter confuso de su noción de ética y en el hecho de que los “hechos”, en lo que al origen del capitalismo se refiere, contradecían su teoría. No obstante lo cual, concluía su ensayo confesando que la obra de Weber ofrecía “la sistematización de mayor prestigio intelectual en la sociología alemana de estos últimos tiempos” (Poviña, 1941: 15).

En *Sociología y filosofía social*, Renato Treves articuló una interpretación muy en sintonía con la que por entonces había elaborado Raymond Aron en Francia. Treves reconocía que en el contexto de la disciplina la perspectiva de Weber representaba una “posición particular”, que no se ajustaba a “las direcciones examinadas a lo largo del libro (positivista, formalismo crítico y empírico, fenomenología e idealismo e historicismo)”. Treves añadía, asimismo,

que “su obra, quizá por ser irreductible a direcciones y a sistemas fijos, puede proporcionar las contribuciones más hondas y concluyentes para comprender la naturaleza del método y del objeto de la sociología” (Treves, 1941: 116). Según el argumento de Treves, el mérito de Weber radicaba en que había logrado definir a la sociología como una disciplina que no pertenece ni a las ciencias naturales ni a las ciencias históricas y en haber subrayado que el método de la comprensión, enfatizado por Dilthey, debía ser integrado por medio de una explicación causal, fundado en el criterio de la adecuación y la probabilidad, y diferente en ese sentido a la causalidad general de las ciencias de la naturaleza como a la causalidad individual de las ciencias históricas. Finalmente, Treves destacaba como meritorio de la posición metodológica de Weber el haber señalado el carácter limitado y relativo de la objetividad, al reconocer que la misma no puede fundarse en valores culturales universales sino en aquellos valores que en una determinada época se tornan dominantes.

Finalmente, la interpretación de Francisco Ayala estuvo prácticamente centrada en un examen de la construcción y aplicaciones del tipo ideal y su importancia para el conocimiento sociológico. Ayala, que por entonces había traducido y editado *La sociología, ciencia de la realidad. Fundamentación lógica del sistema de la sociología*, de Hans Freyer, ofreció una interpretación del tipo ideal weberiano en la línea interpretativa de este último, subrayando especialmente su orientación hacia la captación de la peculiaridad del objeto histórico. En este sentido, presentó una caracterización de la metodología del tipo ideal como un tipo de aproximación a medio camino entre la sociología formalista y una sociología histórica. A este respecto, aunque observó críticamente la tendencia formalista de la conceptualización weberiana que suele

recaer “en el tipo de conocimiento físico-matemático”, concluyó no obstante señalando lo siguiente: “El mérito imperecedero de Weber –señalaba- consiste en haber sabido dar a la conceptualización sociológica el contenido histórico y el emplazamiento histórico sin los cuales se pierde el objeto de la sociología en una serie de formas, al propio tiempo que acentuaba, frente a la historia, el formalismo de los conceptos sociológicos, destinados a servir al conocimiento de estructuras que se repiten con contenidos históricos variables” (Ayala, 1947: 124).

Como ha podido apreciarse, las visiones de Weber entre nuestros profesores de sociología eran bastante divergentes. Levene, quizá el menos familiarizado con la obra del sociólogo alemán y más atento en cambio a la escuela de Durkheim, incluyó a Weber, junto con Karl Marx, en la familia de las “concepciones unitarias” de las que era necesario tomar distancia, calificándolas de “ideológica” y de “económica” respectivamente (Levene, 1942)⁶ En la interpretación de Poviña, Weber aparecía como una de los exponentes de una concepción de la ciencia sociológica en tanto ciencia cultural o espiritualista mientras que Renato Treves procuraba diferenciar a Weber de las distintas orientaciones que dominaban por entonces la disciplina, situándolo en todo caso en una posición distanciada tanto de una representación de la sociología en tanto ciencia cultural como de una concepción naturalista de la misma. En todo caso, lo cierto es que en torno de la figura de Weber y, en especial, de su perspectiva metodológica, ya existía cierta tradición interpretativa y algunas opiniones encontradas.

⁶ No hemos podido determinar el sentido de la expresión “ideológica” en el texto de Levene, pero es posible conjeturar que la misma se refería simplemente –y por oposición a lo económico en Marx- a las ideas y su predominio en la determinación de lo social, sesgo que Levene sugería había que corregir con el auxilio de una sociología cultural tal como, siempre según Levene, era practicada por Durkheim.

Renovación de la disciplina y nuevas claves interpretativas

En 1940, al inaugurar las actividades del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, su director, Ricardo Levene, anunciaba con cierto regocijo que “la crisis filosófica que aquejó a esta disciplina de contenido complejo” había felizmente concluido. Esto significaba para Levene la existencia de un relativo acuerdo sobre el objeto, las tareas y el método de la emergente disciplina. Sin embargo, -y como se verá enseguida- ese acuerdo era más una declaración de deseos que una constatación (Levene, 1942)

Hacia comienzos de los años '40, en efecto, se inició en América Latina un movimiento de renovación radical de los ideales intelectuales de la disciplina. Se trató de un movimiento tendiente a hacer de la sociología una ciencia empírica. En los medios de habla hispana, el primer libro, de gran circulación y decisivo a este respecto, fue *Sociología. Teoría y método*, de José Medina Echavarría, aparecido en 1941, libro que Gino Germani saludaría más tarde como el que inició “la ola de la sociología científica en América Latina”. En el prólogo a la primera edición, Medina Echavarría escribía: “Se trata de que no puede existir una ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, es decir, sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador, lo que se llama sociología no sólo no será ciencia, sino que carecerá de significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del día. Sin una técnica de investigación definida, o sea sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz. [...] La

Sociología ha sido siempre la más castigada por la improvisación, y ésta es la que importa cortar de raíz en los medios juveniles” (Medina Echavarría, 1941: 8).

El programa de Medina Echavarría de convertir a la sociología en una ciencia significaba a la vez la aplicación del “método científico” al estudio de los asuntos humanos y la superación de la dicotomía ciencias naturales/ciencias sociales. Aún cuando reconocía la diferencia entre la materia de unas y otras, advertía que el método científico es el mismo para todas las ciencias. Este programa de una unificación de las ciencias o mejor dicho, de una “unidad del método científico” será el componente más decisivo de la reorientación ensayada por Medina Echavarría (Gurrieri, 1980).

En sintonía con las formulaciones de Karl Mannheim, Echavarría enfatizaba la función instrumental de la sociología: esta última debía servir de guía orientadora de la acción humana. A los ojos de Echavarría, la redefinición de la sociología suponía rechazar las dos reducciones que habían dominado la discusión sociológica referida al objeto de la disciplina hasta entonces. Por un lado, la “reducción naturalista” (tanto en su variante organicista como ambientalista) que concibe los hechos sociales como fenómenos naturales y la consiguiente necesidad de tratarlos con los instrumentos de las ciencias naturales. Por el otro, la “reducción culturalista” (en sus versiones historicistas o fenomenológicas) que concibe el hecho social como una manifestación de la cultura o del espíritu y que subraya por consiguiente métodos especiales de aprehensión de esas totalidades de sentido. Frente a esas dos reducciones, Medina Echavarría declaraba que “la sociología es una ciencia positiva, o sea empírica e inductiva”. Por consiguiente, a ella podían ser aplicados los métodos

que habían demostrado su fertilidad en otras ciencias: observación, experimentación y comparación. El hecho de que la sociología tratara con datos sociales, de carácter eminentemente histórico, no debía modificar en nada, según el autor, la sustancia del planteo. Como ejemplo logrado de esta nueva actualización Medina Echavarría refería al caso de la “sociología norteamericana” en un extenso capítulo titulado precisamente “La investigación social y sus técnicas”. A este respecto, Medina Echavarría había afirmado que “es evidente que el centro de la producción sociológica en lengua inglesa corresponde, en lo que va del siglo, a los Estados Unidos, en donde la Sociología alcanza un desarrollo extraordinario y tiene una significación positiva en la cultura y educación” (Medina Echavarría, 1940). Esta temprana referencia a la experiencia norteamericana resulta por demás significativa en un contexto en el que la sociología alemana constituía el universo de referencia casi exclusivo entre los practicantes de la disciplina. Pocos años después, la referencia a la sociología norteamericana, que comenzará a desplazar a la alemana, habría de convertirse en un dispositivo central de legitimación de la disciplina (Blanco, 2004).

Una nueva interpretación de la metodología sociológica de Max Weber habrá de constituir un capítulo decisivo de esa reorientación preconizada por Medina Echavarría. En efecto, una y otra vez el autor insistirá en la necesidad de deslindar a Weber de las “posiciones culturalistas” que, partiendo de la dicotomía entre ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza, operaban una reducción del dato social a un dato del espíritu, concebido este último ya como “esencias”, ya como “conexiones o totalidades de sentido” y de esta manera negaban razón de ser a la sociología. O, en todo caso, esta última dejaba de

ser “una investigación de la realidad empírica para convertirse en una disciplina filosófica y especulativa” (Medina Echavarría, 1941: 52). En el historicismo, el neo-hegelianismo y la fenomenología [que] “influyeron de manera decisiva gran parte de la sociología alemana durante las tres primeras décadas del siglo XX”, Echavarría identificaba ese “lamentable culturalismo”, una compañía de la que había que separar a Max Weber. Poco después, en el prefacio a la edición castellana de *Economía y Sociedad*, Echavarría advertía que “lo que de su obra ha pasado al público y se repite en las aulas no deja de ser una deformación o caricatura de su propio pensamiento”. En un gesto que describe bien la dirección de las apuestas, Echavarría ponía de relieve la interpretación que, pocos años antes, Talcott Parsons había emprendido en *La estructura de la acción social*, y a quien no dudaba en calificar como a “uno de los mejores conocedores actuales de Max Weber”.

En la Argentina, los primeros signos de una renovación en esa dirección se hicieron sentir ya en la experiencia asociada con el Instituto de Sociología de Buenos Aires y con el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociológicas de Tucumán y especialmente en torno de tres figuras de la sociología local, Renato Treves, Miguel Figueroa Román y Gino Germani. En principio, ambas instituciones fueron el asiento de las primeras investigaciones empíricas desarrolladas dentro de las universidades y el ámbito de los primeros reclamos en favor de una incorporación de la investigación social a las tareas de la sociología. En el Instituto de Buenos Aires Germani llevó a cabo una investigación sobre las clases medias y participó activamente durante un tiempo como delegado del Instituto en la Comisión Asesora para la realización del IV Censo Nacional (Blanco, 2003). El instituto de la Universidad de

Tucumán promovió un programa de investigaciones empíricas sobre la clase obrera en Tucumán. Treves emprendió una investigación sobre los conventillos, publicada como apéndice de un libro precisamente titulado *Introducción a las investigaciones sociales* (Treves, 1942) y Miguel Figueroa Román, un estrecho colaborador de Treves, que más tarde sucedería a aquel en la dirección del instituto, había iniciado una serie de investigaciones en la misma dirección.

Aquí también la renovación de la disciplina estuvo estrechamente asociada con ese doble movimiento presente en Medina Echavarría: por un lado, el de hacer de la sociología una ciencia empírica y aplicada y, por el otro, la referencia a la sociología norteamericana como una experiencia ejemplar en esa dirección. Así, en *Introducción a las investigaciones sociales*, aparecido en 1942, Renato Treves reconocía que, no obstante la importancia que durante los últimos años había adquirido la enseñanza de la sociología en América Latina, “una cierta desorientación sobre sus propios problemas y objetos así como una tendencia hacia un peligroso enciclopedismo” eran, todavía, los rasgos más visibles del estado de la disciplina. Treves señalaba, asimismo, que “por lo que se refiere a las investigaciones sociales y sociográficas es fácil comprobar que en Latinoamérica no se encuentran investigaciones que puedan compararse con las realizadas, por ejemplo, en Pittsburgh, no solamente por la cantidad de datos y observaciones recogidas, sino también por la organización técnica y el espíritu que las anima” (Treves, 1942: 39)⁷ En tal sentido, a la vez que instaba a establecer una más estrecha relación entre enseñanza de la teoría e investigación práctica de los problemas regionales, señalaba, asimismo, la

⁷ La referencia de Treves incluía los seis volúmenes de la *Pittsburgh Survey*, la primera gran investigación sociográfica norteamericana, así como *The Unemployment Survey* y *The New Survey of*

necesidad de mirar “la experiencia americana” con el fin de encontrar allí puntos de apoyo para la creación y organización de institutos universitarios de investigación como modo de contrarrestar aquella tendencia hacia el enciclopedismo.

Opiniones en la misma dirección –y todavía más enfáticas- eran vertidas por su colaborador, Miguel Figueroa Román. En el prefacio a *Sociografía y Planificación*, aparecido en 1946, su autor afirmaba: “La ciencia oficial no ha otorgado aún carta de ciudadanía, entre nosotros, a la planificación ni a la sociografía. En las universidades no se enseña la moderna técnica de la organización estatal ni se procura un conocimiento integral de la realidad social. Los institutos de investigación sólo accidentalmente se ocupan de los problemas sociales y en ningún caso sistematizan la adquisición de los conocimientos necesarios para su estudio” (Figueroa Román, 1946: 11). Sobre la falta de información acerca del desarrollo de la investigación empírica o sociográfica, Figueroa Román dictaminaba: “¿Cómo es posible que nuestros sociólogos no hayan dado categoría de comentario a una orientación de la ciencia que ocupa miles de volúmenes en los Estados Unidos?” (Figueroa Román, 1946: 196-197). Figueroa Román atribuía esta situación a la orientación que predominaba en la enseñanza universitaria, “formada -decía- sobre viejos moldes europeos, de sentido preferentemente humanístico, y de escaso valor práctico”. A diferencia de lo que ocurre en los Estados Unidos – continuaba- en las universidades argentinas “se enseña sólo la sociología teórica, la historia de la ciencia y la evolución del pensamiento sociológico, lo que sin duda sirve para dar jerarquía al espíritu, pero que debe llevar el complemento indispensable a la sociología aplicada, con sus métodos de

investigación y su vinculación a la realidad social” (Figueroa Román, 1946: 197).

Por esos años, Germani publicó un ensayo referido a las relaciones entre sociología y planificación desplegando argumentos similares a los esgrimidos por Medina Echavarría. “La sociología -afirmaba allí- no puede dejar de ser una ciencia empírica e inductiva si es que verdaderamente quiere cumplir su función orientadora en una sociedad que se encamina hacia la planificación” (Germani, 1946a). Traducida a los términos de una disputa por el método, la posibilidad misma de esa función de orientación implicaba entonces la conversión de la sociología en una ciencia positiva (empírica e inductiva) y el subsiguiente abandono del método de la intuición y/o de otras formas alternativas a la observación controlada, pues sólo de este modo estaría ella en condiciones de descubrir uniformidades de la acción humana cuyo conocimiento pudiera ingresar en la elaboración de estrategias de planificación. Convertir a la sociología en una ciencia positiva implicaba entonces torcer el rumbo “especulativo” de la reflexión sociológica y desarrollar un programa de investigaciones empíricas sobre aquellas materias que resultaban estratégicas para la planificación social (Blanco, 1998). Como puede apreciarse, los reclamos de Treves, de Figueroa Román como de Germani aspiraban no solamente a otorgar rango universitario a la investigación social sino también a introducir cambios sustanciales en los modos de enseñanza de la disciplina.

Todos estos signos de renovación alcanzarían la forma de un argumento sistemático en una monografía que Gino Germani había preparado para el concurso de Profesor Adjunto de la Cátedra de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. El manuscrito, que ha

permanecido prácticamente ignorado en la literatura relativa a la historia de la sociología en la Argentina, llevaba por título *Teoría e investigación en la sociología empírica* y estaba consagrado a examinar “la posibilidad de una ciencia empírica de la realidad social” (Germani, 1946b: 3) El texto recogía los distintos reclamos que aquí y allá habían sido señalados como parte de una renovación intelectual de la disciplina, fundamentalmente el de incorporar la investigación social y sus técnicas a las tareas de la sociología subrayando al mismo tiempo la relevancia de la teoría en la investigación social.

El argumento central de la monografía apuntaba a mostrar que la separación entre sociografía y sociología, que por entonces dominaba la autocomprensión de la disciplina, terminaba en una falsa alternativa: un “empirismo desordenado” o la “especulación desenfrenada”. En rigor, dicha separación estaba fundada en una errada interpretación de la teoría como de la investigación. En principio, la teoría -argumentaba Germani- no es la expresión de la realidad o su reproducción conceptual, sino una abstracción operada sobre la base de un determinado interés cognoscitivo. En tal sentido, ni la teoría o los conceptos que la informan son capaces de captar la realidad en toda su plenitud. Al mismo tiempo, subrayaba, no hay conocimiento sin teoría. En tal sentido, la noción misma de “hecho” implica la presencia del elemento lógico. Por consiguiente, resultaba infructuoso delegar en la sociografía la tarea “descriptiva” de recoger los hechos, pues ellos son precisamente algo a la luz de un esquema conceptual que guía su observación. En suma, teoría y la investigación no podían ser vistas como empresas separadas sino mutuamente relacionadas.

En tal sentido, Germani subrayaba la necesidad de apuntar en la

dirección de la formulación de un esquema analítico unificado capaz de integrar las distintas perspectivas teóricas por entonces vigentes. El desorden conceptual expresado en el espectáculo de las teorías en conflicto, de las interminables disputas de escuelas, de la pluralidad de puntos de vista y de la multiplicación de conceptos era -según creía- más aparente que real. Bien mirado, argumentaba, podía descubrirse una incipiente pero firme unificación de la teoría sociológica en la dirección que había tomado la sociología norteamericana en las obras de R. M. Mac Iver, W. Thomas, F. Znaniecki, E. Faris, Ch. Ellwood, H. Blumer y T. Parsons, entre otros, en las que podía observarse tanto una crítica a las tendencias más objetivistas del behaviorismo norteamericano como el reclamo de la integración del elemento subjetivo en la comprensión de la acción humana. Sobre este último aspecto, la gran ventaja de esta tradición, según Germani, residía en el hecho de que, a diferencia de las tradiciones idealistas alemanas, la incorporación de ese elemento subjetivo no implicaba la negación del carácter empírico de la sociología.

Es entonces en el contexto de esta discusión que debe comprenderse su intervención en torno de Weber. Su apuesta consistió básicamente en separar a aquel de las interpretaciones en clave espiritualistas o culturalistas por entonces vigentes.⁸ Ciertamente, en la disputa por el significado de la perspectiva weberiana, Germani hizo algo más que disputar una determinada imagen de ésta. En realidad, su intervención estuvo igualmente caracterizada por un examen crítico de la sociología alemana de enorme gravitación entre

⁸ Una tentativa en la misma dirección fue ensayada por Plácido Horas en ocasión de la Primera Reunión Nacional de Sociología. En su intervención, Horas criticó las expresiones extremas del naturalismo y el culturalismo sociológicos y argumentó en favor de una metodología sociológica en la que “explicación y comprensión se sirven mutuamente”. Frente a la interpretación en clave culturalista de la metodología weberiana, Horas reconocía que “Weber permanece en la caracterización empírica de la sociología, y no se pierde en el terreno de la filosofía social, que es capítulo aparte, aunque vinculado a la sociología”. Véase, Plácido Horas “Metodología y técnicas de investigación en sociología” en Fernando Cuevillas, *op.*

nuestros sociólogos como de su impacto -que evaluaba como negativo- en la representación de la disciplina, de sus tareas como de sus métodos. Las críticas estuvieron especialmente dirigidas contra la perspectiva fenomenológica de Alfred Vierkandt como contra los intentos de Ferdinand Toennies y Hans Freyer de establecer una distinción entre sociología general y sociografía. A su juicio, tanto una como los otros conducían a una concepción de la sociología como una disciplina de naturaleza filosófica antes que empírica. En ese sentido, gran parte de la tradición alemana no ofrecía los medios para superar aquella distinción y lograr así una unificación de la teoría y la investigación empírica. Las palabras con que concluía su examen de dicha tradición son bastante elocuentes a este respecto: “[...] puede afirmarse ahora –decía- que la posibilidad de síntesis, de visión total, de unificación, cuya necesidad es tan manifiesta frente a la incoherencia y al estado fragmentario en que puede caer la investigación social si carece de una teoría unitaria, no puede buscarse en la dirección que indica la tradición idealista alemana, a menos de no querer renunciar simplemente al conocimiento científico -en el sentido positivo- de la realidad social(Germani, 1946b: 17). En este cuadro, las únicas excepciones eran Max Weber -sobre el que volveré enseguida- y la posición -que Germani citaba con aprobación- adoptaba por el sociólogo alemán Leopold von Wiese, que, rechazando la separación entre sociología y sociografía, se mostraba partidario de hacer de la sociología una ciencia empírica.

Naturalmente, la intervención de Germani se centró en aquellas cuestiones sobre las que ya existía cierta tradición interpretativa, el método de la comprensión y el tipo ideal, y se inscribió en el contexto más general del

cit., pág. 188.

debate –reseñado más arriba- relativo al estatuto de la sociología en tanto disciplina como de su apuesta por otorgar “carta de nobleza” a la investigación empírica en la definición de sus tareas. En el contexto de ese debate, como vimos, el estatuto de la metodología weberiana era ambiguo. Aunque esta última era reconocida por algunos como parte de un ensayo tendiente a sintetizar la vertiente “naturalista” y culturalista”, según la clasificación por entonces vigente, en general era inscripta dentro de las tradiciones espiritualistas alemanas. La operación de Germani consistirá en este punto en sustraer a Weber de ese contexto interpretativo (el de la dicotomía ciencias naturales/ciencias del espíritu) y colocar su apuesta metodológica en el contexto de una definición general y única del proceder científico.

Esta operación interpretativa ya había sido avanzada por Germani en *Teoría e investigación en la sociología empírica*. En dicho ensayo, en efecto, Germani alegaba que la dicotomía ciencia de la naturaleza -ciencia del espíritu, que “había llegado a tener difusión y arraigo en Hispanoamérica, especialmente en los círculos filosóficos” había sido “superada en gran parte en la misma Alemania por obra de Max Weber” (Germani, 1946b: 6). Argumentaba igualmente que “el conocimiento procede siempre abstrayendo y -como lo mostró M. Weber frente a las tendencias ‘particularistas’ - no hay en ello ninguna diferencia entre los fenómenos naturales y los sociales” (Germani, 1946b: 23). Según Germani, Weber había mostrado claramente que los “hechos” que son parte de la experiencia común o de la elaboración científica no son nunca una reproducción de la realidad sino una selección de ciertos aspectos, principio que se aplica tanto a la realidad natural como a la realidad histórico social. En ambos casos estamos -decía Germani- frente a una infinita

y compleja variedad de fenómenos que no puede ser captada en su plenitud por ningún concepto. En todo caso, concluía, la diferencia entre ciencias naturales y ciencias del espíritu no radicaba en el uso de conceptos generales - uso que en realidad ambas compartían- sino en la dirección del interés científico, hacia lo general, en las primeras, hacia lo individual en las segundas.

Ciertamente, el proyecto mismo de una definición general y única del proceder científico o de una “ciencia unificada” al que apuntaba esa renovación de la disciplina no puede comprenderse sino en el contexto de una corriente filosófica, el neopositivismo, que desde los años ‘30 en adelante se convertiría en la fuente de inspiración de todos aquellos que procuraban convertir a la sociología en una “ciencia”.⁹ En la Argentina, el ideario neopositivista ingresó en una fecha relativamente temprana. En los años ‘40 apareció *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, una publicación dirigida por el filósofo Mario Bunge, que comenzó a difundir las ideas del neopositivismo asociado al Círculo de Viena.¹⁰ Aunque no formalmente integrado a la revista, Germani estaba ligado a su círculo, e incluso había prometido un ensayo consagrado a la sociología norteamericana que, por razones que desconocemos, no fue finalmente publicado.¹¹ Su contacto con las ideas del neopositivismo remiten a distintos focos de inspiración. En primer lugar, a una figura por entonces relativamente conocida en los medios de habla hispana, la del filósofo de la ciencia Hans Reichenbach, un miembro prominente del Círculo de Viena, fundador de la Escuela del Positivismo Lógico en Berlín, y autor de *La filosofía*

⁹ Véase para esto el esclarecedor ensayo de Stephen Toulmin, “From Form to Function: Philosophy and History of Science in the 1950 and Now” en *Daedalus*, vol.1, 1974.

¹⁰ Un ensayo relativo al tema apareció en su primer número. Véase, Hans Lindemann, “El ‘Círculo de Viena’ y la filosofía científica” en *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, Año I, vol. 1, 1944.

¹¹ El ensayo de Germani fue anunciado en el primer número de la revista con el título de “La sociología norteamericana” en *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, Año I, vol. 1, 1944.

científica, uno de los manifiestos del nuevo movimiento filosófico.¹² Germani conocía igualmente la obra de Otto Neurath, *Foundation of the Social Sciences*, aparecida en USA en 1944 y la *Encyclopaedia of Unified Science*, de O. Neurath, N. Bohr, J. Dewey y otros, editada también en USA en 1940. El segundo foco remite a Felix Kaufman, que, aunque no estrictamente enrolado en la escuela del positivismo lógico, compartía, sin embargo, algunas de sus premisas, en especial, la relativa a la necesidad de una unificación de las ciencias. Su principal obra, *Methodology of Social Sciences*, editada por Medina Echavarría en el Fondo de Cultura Económica, sería referida por Germani precisamente en lo relativo a este punto.¹³ Una fuente adicional de inspiración se hallaría Germani en la tradición “cientista” norteamericana¹⁴, que, aunque pronto se mostraría afin con las ideas vienesas, se había originado en las tradiciones americanas del pragmatismo, el conductismo y el operacionalismo (Platt, 1996). Su figura más influyente fue, sin duda, George Lundberg, reconocido durante los ‘40 y ‘50 como uno de los principales voceros de la introducción de la “ciencia” en la sociología y autor de dos libros de texto sobre el método científico ampliamente leídos y utilizados, *Social Research* (1929) -reseñado por el propio Germani hacia la mitad de los años ‘40 en el *Boletín del Instituto de Sociología* y editado en 1949 por el Fondo de Cultura Económica- y *Foundations of Sociology* (1939), una especie de manifiesto

¹² En 1953, dos años después de su edición original, el Fondo de Cultura Económica editó dicha obra.

¹³ En efecto, la versión española de la obra de Kaufman, *Metodología de las ciencias sociales*, apareció en 1946, en la colección “Sección de Obras de Sociología” del Fondo de Cultura Económica, dirigida por Medina Echavarría. La traducción, realizada por Eugenio Imaz, fue realizada del original alemán de 1936 y no de la versión anglosajona, aparecida en 1944 en forma bastante modificada.

¹⁴ En una entrevista de hace unos años, Germani confesó lo siguiente: “[Hacia los años ‘40] descubrí un tesoro en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires; su director se interesaba de alguna manera en la sociología y contaba con unos cincuenta libros de autores norteamericanos. Sobre metodología encontré a Bogardus y a Lundberg, encontré a Parsons, *La estructura de la acción social*, y una colección del *American Sociological Review* desde el primer número junto con el *American Journal of Sociology*, a partir de 1935”. En Joseph A. Kahl, “Gino Germani: modernización” en *Tres Sociólogos*

metasociológico en el que Lundberg establecía los pasos de lo que consideraba como el método científico: producción de hipótesis, observación y recolección de datos, clasificación y organización de los datos recolectados y generalización de una ley científica aplicable a todos los fenómenos similares del universo estudiado bajo determinadas condiciones dadas. Entre 1940 y 1945 Lundberg dirigió *Sociometry*, una publicación que Germani seguía de cerca (el Instituto de Sociología de Buenos Aires recibía periódicamente dicha publicación) y a cuyas investigaciones consagraría, años más tarde, un elogioso ensayo incluido en *La sociología científica* (Germani, 1956)

Por cierto, no es que Germani suscribiera *in toto* los distintos argumentos expuestos por cada una de esas tradiciones. Su relación con las ideas del neopositivismo estuvo caracterizada más por el eclecticismo que por la intención de elaborar una nueva ortodoxia. Incluso había expresado una serie de reservas hacia ciertas derivaciones del programa de neopositivista en su pretensión de alcanzar un “racionalismo sin residuos”.¹⁵ Si acudía a todas ellas, en todo caso, era porque allí reconocía un movimiento intelectual animado por una idea de la ciencia que resultaba afín con su estrategia de hacer de la investigación empírica el *locus* de la sociología. De esas distintas tradiciones, Germani adoptó tres ideas rectoras que habrá de dirigir en su polémica relativa al método: a) la preminencia otorgada a la investigación empírica en la producción de conocimientos; b) la idea de que las bases últimas del conocimiento residen en la verificación experimental de carácter pública, intersubjetiva, más que en la experiencia personal. c) la convicción de

Latinoamericanos, UNAM, México, 1986, págs. 55-56.

¹⁵ Se trata de dos reseñas que escribió Germani a propósito de *Fondamenti logici della scienza*, de Abbagnano, Buzano, Buzzatti, Traverso, Frola, Geymonat y Persico, Torino, Francesco De Silva, 1947 y, *Limiti e possibilità della scienza*, Bari, Laterza, 1947, aparecidas en la revista *Cultura Italiana*, Año I, N°

que no existe diferencia entre ciencias naturales y ciencias sociales o de la cultura en lo que a sus fundamentos lógicos se refiere. En cualquier caso, es en el contexto de este cuadro de referencia neopositivista que -como veremos enseguida- se vuelve comprensible su interpretación de la metodología weberiana en clave “cientista” tanto como la anacrónica atribución a Weber de un vocabulario que, como el de la verificabilidad de una proposición, no estaba por entonces disponible.

En dos trabajos presentados en ocasión del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Buenos Aires en 1951 Germani volvió sobre el tema con la siguiente declaración: “[...] aún perteneciendo a la tradición idealista alemana -afirmaba- [Weber] llegó a formular una metodología que disminuyó considerablemente el *hiatus* entre las ciencias naturales y las culturales” (Germani, 1952a: 111). Su argumentación se articuló de la siguiente manera. En primer lugar, Germani procuró asociar el método de la comprensión con la explicación, frente al lugar secundario reservado a esta última, entre otros, por Poviña. Era precisamente esa separación entre comprensión y explicación uno de los reproches que Germani dirigía a los intérpretes latinoamericanos de Weber. Refiriéndose a las dificultades para superar el dualismo entre sociología, entendida como disciplina cultural o filosófica e investigación empírica, afirmaba: “[...] muchos sociólogos latinoamericanos piensan que esta dificultad no existe cuando se adopta una metodología inspirada en Max Weber, basada sobre el empleo del ‘tipo ideal’ y del contemporáneo empleo de la comprensión y explicación. Sin embargo, su tentativa no puede tener todo el éxito que se espera, pues al considerar que el momento de la ‘comprensión’ corresponde a los aspectos ‘espirituales’ de lo

2-3, abril/julio de 1948.

social, y el de la 'explicación' a los naturales, vuelven a introducir un dualismo ontológico que conduce una vez más al divorcio entre teoría e investigación" (Germani, 1952b: 88).

En segundo lugar, intentó disociar el método de la comprensión de cualquier procedimiento puramente intuicionista, argumentando que el mismo Weber rechazaba el intuicionismo por razones éticas, pues –decía– “puede fácilmente transformarse en un incentivo para evadir u olvidar el penoso proceso de la verificación [...] cuyo rasgo esencial es su alcance intersubjetivo” (Germani, 1952a: 112). Así, aunque la comprensión incluyera la observación de fenómenos inmateriales, como los motivos de las acciones, estos últimos habrán de manifestarse a través de una expresión simbólica cualquiera, permitiendo de ese modo su captación por inferencia. En todo caso, lo que pretendía desautorizar Germani era la asociación de la comprensión con un procedimiento destinado a captar alguna esencia o fenómeno irreducible a su expresión en un conjunto de proposiciones empíricamente verificables.

En lo que respecta al tipo ideal como método de comprensión de conexiones objetiva de sentido, Germani afirmaba que, “a pesar de las interpretaciones que suele dársele, no difiere en su fundamentación lógica de los procedimientos que se emplean en las ciencia naturales” (Germani, 1952a: 112). El tipo ideal weberiano, argumentaba, es una construcción arbitraria, que si bien posee algunos elementos extraídos de realidad, no aspira a reproducir esta última. Por el contrario, su construcción resulta de una estilización que se realiza mediante la acentuación de algunos rasgos extraídos de una pluralidad de casos concretos. En ese sentido, aunque irreal, el tipo ideal ofrece la posibilidad de estudiar los casos reales que se le acercan, ya que, al estar

dotado de coherencia lógica, permite estudiar el fenómeno en cuestión en condiciones simples y claramente definidas, llegando incluso a la posibilidad de formular sobre dicho fenómeno leyes condicionales y tendenciales. En términos lógicos, razonaba Germani, lo mismo ocurría con las ciencias naturales. Así, al igual que las reglas de un mercado perfecto, la ley de la caída de los cuerpos sólo se cumple en un vacío absoluto, es decir, en condiciones irreales o ideal-típicas. De esta manera, según Germani, el empleo del tipo ideal en la investigación social no implicaba de ninguna manera un procedimiento distinto al de las ciencias naturales.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo he procurado mostrar que las disputas interpretativas en torno al significado de la metodología weberiana fueron el reflejo de concepciones diferentes de la disciplina y que, en esa medida, sólo pueden ser comprendidas como parte de un debate más general relativo a la definición de sus tareas como de su método. La difusión de Weber en castellano tuvo lugar en un momento de transición, caracterizado por la emergencia de una serie de intentos de renovación de los ideales intelectuales de la disciplina que vinieron a resumirse en el proyecto de hacer de la sociología una ciencia empírica y analítica. Un componente importante de esa renovación fue el desplazamiento de la referencia alemana hacia la sociología norteamericana. La nueva interpretación de Weber ensayada por Germani no puede dissociarse entonces de ese movimiento de renovación como de la aparición de ese nuevo centro de referencia: la sociología norteamericana. En tal sentido, la disputa en torno del significado de la metodología sociológica de

Max Weber no hizo más que reflejar las tensiones y las líneas de fuerza de un campo por entonces en formación. En ese contexto, las referencias a Weber obraron de algún modo como motor de las transformaciones intelectuales que por entonces experimentaba el campo y que, pocos años después, al promediar los años '50, cristalizarían en la institucionalización de una fórmula intelectual conocida con el nombre de “sociología científica”.

La imagen de un autor es una función de los contextos interpretativos como de los proyectos y apuestas intelectuales de sus receptores. Los primeros intérpretes de Weber estaban más inclinados a la enseñanza que a la investigación. Por entonces, la sociología era enseñada como una materia auxiliar de otras disciplinas. Esta posición de los profesores de sociología en el sistema universitario, sumado a sus propias trayectorias profesionales (la mayoría de ellos formados en derecho o en filosofía) explica el tipo de producción intelectual que eran capaces de articular, limitada, en su gran mayoría, a un examen -muy tradicional, por lo demás- de las ideas sociológicas, en sus dos variantes más conocidas, el tratado y el libro de texto. Su lectura de Weber asumió así la forma del “inventario” en una práctica de la sociología más consagrada al “comentario” de las doctrinas sociológicas que al análisis de los fenómenos sociales en sí mismos.

En un medio más acostumbrado a referirse más al pasado que al presente, y más específicamente, al pasado de las ideas, el movimiento de renovación pretendió enfocar la disciplina hacia el presente, hacia un examen de la vida contemporánea. La fórmula que unía la sociología con la planificación expresó en aquel momento ese nuevo enfoque. En ese contexto, la interpretación que Germani ensayó de la metodología weberiana sólo puede

comprenderse a la luz de sus preocupaciones en torno a la investigación empírica en particular y, más específicamente, relativas a la necesidad de integrar la teoría con la investigación social. Antes que el inventario, su interpretación de Weber asumió la forma de una “integración analítica” que pudiera dotar a la investigación de un marco de referencia unificado. Esa diferencia en los proyectos intelectuales de unos y otros contribuye a explicar los sesgos interpretativos que exhibieron a propósito de la metodología de Max Weber.

En cierto modo también, esas distintas interpretaciones de Weber vinieron a expresar no solamente dos formas de entender la disciplina, sino también representaciones distintas de la tradición sociológica misma. Por entonces, la disciplina no estaba articulada en torno a un esquema conceptual y metodológico unificado. Más bien, existían dos representaciones de la tradición sociológica, empirista, una, pluralista, la otra. La primera de ellas había sido articulada por la influyente “Green Bible” de Park y Burgess, *Introduction to the Science of Sociology*, de 1921, que trazaba una historia de la disciplina bajo la forma de un progresivo desplazamiento de la especulación acerca de los fenómenos sociales en favor de la observación rigurosa de los hechos sociales. La segunda fue elaborada pocos años después por Pitirim Sorokin, en *Contemporary Sociological Theories*. En contraste con la anterior, Sorokin señalaba que aún cuando la primera tarea del sociólogo es tratar con los hechos más que con las teorías, reconocía que no era la unidad sino la diversidad de teorías, muchas de ellas, incluso, contradictorias entre sí, lo que mejor caracterizaba el campo.

Los primeros intérpretes de Weber conservaron una concepción

“pluralista” de la tradición sociológica, en la línea de Pitirim Sorokin. De esa manera Weber fue incluido en una larga galería de sociólogos, cada uno de ellos representando o bien un punto de vista o un sistema, o bien una determinada doctrina sobre la sociedad. No obstante compartir ciertas notas de la representación empírica, Germani asumió una representación distinta, desarrollada ejemplarmente entonces por Talcott Parsons en *La estructura de la acción social*. Así, contra la visión empirista argumentó que la observación rigurosa no era suficiente para establecer una disciplina científica sino que era necesario también la existencia de un conjunto de presupuestos teóricos independientemente elaborados que servirían como guía de la observación de los hechos. Contra la visión pluralista de Sorokin, vió en esa pluralidad el signo de la inmadurez de una disciplina y reconoció entonces la necesidad de reunir las divergentes tradiciones teóricas en un esquema sintético y unificado. Fue así que inscribió los desarrollos metodológicos de Weber como parte de ese incipiente pero sostenido esfuerzo en la dirección de una unificación teórica que, según entendía, volvería posible el proyecto de una sociología empírica a la vez que analítica.

Bibliografía

- Arguedas, Ledda y Loyo, Aurora (1979), "La institucionalización de la sociología en México" en AAVV, *Sociología y Ciencia Política en México (Un balance de veinticinco años)*, UNAM, México.
- Ayala, Francisco (1947), *Tratado de Sociología*. Losada, Buenos Aires, 3 volúmenes.
- Aron, Raymond (1953), *La sociología alemana contemporánea*, Paidós, Buenos Aires.
- Blanco, Alejandro (1988), "Gino Germani: las ciencias del hombre y el proyecto de una voluntad política ilustrada", en *Punto de vista. Revista de Cultura*, N° 62.
- Blanco, Alejandro (2003), "Los proyectos editoriales de Gino Germani y los orígenes intelectuales de la sociología en la Argentina" en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 43, N° 169.
- Blanco, Alejandro (2004), "La sociología: una profesión en disputa", en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, *Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción de conocimiento sobre la sociedad en la Argentina*. Paidós, Buenos Aires.
- Cuevillas, Fernando (1950), "Primera Reunión Nacional de Sociología Argentina" en *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, N° 54.
- De Souza Lima, Antonio Carlos (1987), "As traducoes da obra de Max Weber no Brasil. Elementos para Reflexao", Mimeo, Universidade Federal Do Rio de Janeiro, Museu Nacional.
- Figueroa Román, Miguel (1946), *Sociografía y planificación*, Univerisidad

Nacional de Tucumán, Tucumán.

- Fraboschi, Roberto (1944), "Max Weber, *Economía y Sociedad*", en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 3.
- Germani, Gino (1946a), "Sociología y planificación". *Boletín de la Biblioteca del Congreso Nacional*, Buenos Aires, Nos. 57-58-59.
- Germani, Gino (1946b), *Teoría e investigación en la sociología empírica*, texto inédito, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1952a), "Sobre algunas consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología, con especial referencia a la orientación de los estudios sociológicos en la América latina" en *Boletín del Instituto de Sociología*, N°6.
- Germani, Gino (1952b), "Una década de discusiones metodológicas en la sociología latinoamericana" en *Boletín del Instituto de Sociología*, N°6.
- Germani, Gino (1956), "Introducción a la sociometría" en *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, UNAM, México.
- Gurrieri Adolfo (comp.1980), *La obra de José Medina Echavarría*, Cultura Hispánica, Madrid.
- Hirschhorn, Monique (1988), *Max Weber et la sociologie française*. L'Harmattan, Paris.
- Kahl, Joseph A. (1986), "Gino Germani: modernización" en *Tres Sociólogos Latinoamericanos*, UNAM, México.
- Levene, Ricardo (1934), "Prólogo", Alfredo Vierkandt, *Filosofía de la sociedad y de la historia*, Biblioteca de la Universidad Nacional de la Plata, Buenos Aires.
- Levene, Ricardo (1942), "El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía

- y Letras” en *Boletín del Instituto de Sociología*, N° 1, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- López Campillo, Evelyne (1972), *La Revista de Occidente*. Madrid, Taurus.
 - Medina Echavarría, José (1940), *Panorama de la sociología contemporánea*, La Casa de España en México, México.
 - Medina Echavarría, José (1941), *Sociología: teoría y técnica*. F.C.E., México.
 - Medina Echavarría, José (1992), “Nota preliminar de la primera edición en español” en Max Weber, *Economía y Sociedad*, F.C.E., México.
 - Orgaz, Raúl (1932a), *La ciencia social contemporánea*, Cabut y Cia, Buenos Aires.
 - Orgaz, Raúl (1932b), “El problema de la realidad de lo social” en *Cursos y conferencias*, Año I, N° 12.
 - Orgaz, Raúl (1950), *Sociología*, Obras Completas, Assandri, Córdoba.
 - Parsons, Talcott (1928), “Capitalism in Recent German Literature: Sombart and Weber”, en *Journal of Political Economy*, vol. 36
 - Parsons, Talcott (1929), “Capitalism in Recent German Literature: Sombart and Weber”, en *Journal of Political Economy*, vol. 37.
 - Parsons, Talcott (1970), “On Building Social System Theory: A Personal History” en *Daedalus*, vol. 99, N° 4.
 - Platt, Jennifer (1996), “Scientism” en *A History of Sociological Research Methods in America 1920-1960*, Cambridge University Press, Cambridge.
 - Pollak, Michael (1986), “Max Weber en France. L’itinéraire d’une oeuvre” en *Cahiers de l’I.H.T.P.*, 3.

- Poviña, Alfredo (1933a), “La sociología relacionista”, *Cursos y conferencias*, Año II, N°8.
- Poviña, Alfredo (1933b), “La sociología relacionista”, *Cursos y conferencias*, Año II, N° 12.
- Poviña, Alfredo (1939), *La sociología como ciencia de realidad. Determinación de su concepto en Freyer*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Poviña, Alfredo (1941a), *La metodología sociológica de Max Weber*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Poviña, Alfredo (1941b), *Historia de la sociología en Latinoamérica*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Programas del Curso de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1918-1946.
- Reyna, José Luis (1979), “La investigación social en México” en AAVV, *Sociología y Ciencia Política en México (Un balance de veinticinco años)*, UNAM, México.
- Romero, Francisco (1952), “Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina” en *Sobre la filosofía en América*. Raigal, Buenos Aires.
- Schmidt-Koch, Ria (1935), *Filosofía alemana traducida al español*, Sociedad Kantiana, Buenos Aires.
- Shils, Edward (1970), “Tradition, ecology and institution in the history of sociology” en *Daedalus*, vol. 99, N° 4.
- Sorokin, Pitirim (1928), *Contemporary Sociological Theories*. Cambridge MA, Harvard University Press.

- Toulmin, Stephen (1974), "From Form to Function: Philosophy and History of Science in the 1950 and Now" en *Daedalus*, vol.1.
- Treves, Renato (1941), *Sociología y filosofía social*. Losada, Buenos Aires.
- Treves, Renato (1942), *Introducción a las investigaciones sociales*. Tucumán. Universidad Nacional de Tucumán.
- Villas Boas, Glaucia (1994), "A recepcao da sociologia alema no Brasil. Notas para una discussao". Série *Estudos Ciências Sociais*, N°11, Instituto de Filosofia e Ciências Sociais, Universidade Federal do Rio de Janeiro.

APÉNDICE

Circulación y difusión editorial: breve cronología

a) Obras de Max Weber editadas en la Argentina

1966: *El sabio y la política*, Eudecor, Córdoba, 1966. Prólogo de Juan Carlos Torre. Reúne las conferencias "La política como profesión" y "La ciencia como profesión".

1973: *Ensayos sobre metodología sociológica*, colección "Biblioteca de Sociología". Amorrortu, con prólogo de Pietro Rossi.

1977: *¿Qué es la burocracia?*, La Pléyade. Contiene una nueva versión de la sección de *Economía y Sociedad* consagrada a "Esencia, supuestos y desarrollo de la dominación carismática".

1977: *Estructuras de poder*, La Pléyade.

1978: *Sociología de la religión*, La Pléyade. Contiene tres ensayos:

“Contribución a la sociología de las religiones mundiales”, “Tipología de la renuncia religiosa al mundo” y “Protestantismo y capitalismo”.

Editadas en España y México

1926: “La decadencia de la cultura antigua”, *Revista de Occidente*, tomo XII, Nº 37, Madrid.

1942: *Historia Económica General*, editado por el Fondo de Cultura Económica

1944: *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica.

1955: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Revista de Derecho Privado, Madrid, reeditado por Península, Barcelona, en 1969.

1967: *El político y el científico*. Alianza, Madrid. Con estudio preliminar de Raymond Aron.

1971: *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona. Contiene “La objetividad del conocimiento en la ciencia y la política sociales” y “El sentido de la libertad de valoración en las ciencias sociológicas y económicas”.

1972: *Ensayos de Sociología contemporánea*, 2 vols., Planeta-Agostini, Barcelona. Edición tomada de *From Max Weber. Essays in Sociology*, editada por Hans Gerth y C. Wright Mills (ed. orig 1946)

1982: *Escritos políticos*. Folios, México, edición preparada por José Aricó.

b) Obras referidas a Max Weber

Editadas en Argentina

1941: Alfredo Poviña, *La metodología sociológica de Max Weber*, Córdoba, Imprenta de la Universidad.

1953: Raymond Aron, *La sociología alemana contemporánea*. Colección "Ciencia y Sociedad", Paidós.

1970: Reinhard Bendix, *Max Weber*. Colección "Biblioteca de Sociología", Amorrortu.

1970: Raymond Aron, *Las etapas del pensamiento sociológico*, 2 vols., Siglo XX.

1970: Irving Zeitlin, *Ideología y teoría sociológica*. Colección "Biblioteca de Sociología".

1971: Talcott Parsons y otros, *Presencia de Max Weber*, colección "Teoría e investigación en las ciencias del hombre", dir. José Sazbón, Nueva Visión. Reune textos de Talcott Parsons, Reinhard Bendix, Pietro Rossi, Herbert Marcuse, y otros.

1972: Judith Janoska-Bendl, *Max Weber y la sociología de la Historia*. Colección de Estudios Alemanes.

1977: Juan Carlos Portantiero, *La sociología clásica: Durkheim y Weber*. Centro Editor de América Latina.

Editadas en España

1966: J. Peter Mayer, *Max Weber y la política alemana*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid.

1967: Julien Freund, *Sociología de Max Weber*. Península, Barcelona.

1968: Talcott Parsons, *La estructura de la acción social*. Guadamarra, Madrid.

1972: Jean-Marie Vincent, *La metodología de Max Weber. Fundamentos metodológicos*.

1978: Juan Francisco Marsal, *Conocer Max Weber y su obra*. Dopesa, Barcelona.

1976: Anthony Giddens, *Política y Sociología en Max Weber*. Madrid, Alianza.